

«ERAN OTROS TIEMPOS». RECUERDO DE AGUSTÍN ALBARRACÍN

Recordar es volver a otros tiempos. Pero nunca como ahora se me ha hecho patente esa sensación de retroceso a un tiempo que fue y que ha dejado de ser.

No se entienda esa palabra que se ha deslizado tan temprano, «retroceso», de modo peyorativo, sino tan sólo en su sentido de dirección, liberado de todo valor; aunque de mi consideración no esté ausente un juicio de valor, complejo desde luego, nada unilateral. Si me ha venido a las mientes un tópico no ha sido, desde luego: «¡qué tiempos aquellos!», sino el que figura en el título, mucho más neutral, casi perogrullesco de puro obvio. Reconozco, en parte para mí mismo, un hecho que, aparentemente, no necesita ser reconocido; pero sólo aparentemente. Pues, ¿no es tarea del historiador reflexionar acerca de «otros tiempos», aun cuando esta reflexión —y sobre todo en ese caso— esté al servicio del presente?

He huido deliberadamente de la nostalgia, representada por la frase citada entre admiraciones, aunque algo de nostalgia guarda, latente, la frase elegida. Pero en su enunciado predomina más bien la melancolía, estado de ánimo menos preciso, que no implica de forma tan decisiva un «echar de menos», y sí la aceptación de lo que hoy es. En este sentido no cabe, como advertía al principio, hablar de retroceso en un sentido negativo. «Cualquier tiempo pasado fue mejor» no es una declaración que pueda resignarse a aceptar quien se propone trabajar por el día de hoy y, si a tanto llegan las fuerzas, por el de mañana. Tampoco Albarracín era un nostálgico en el sentido enfermizo del término.

No obstante, nada es más cierto que esto: eran otros tiempos. Siendo él un hombre de su tiempo, el tiempo que compartí con Agustín Albarracín se me presenta inevitablemente como «otro» tiempo en comparación con el presente, incluso con algunos —bastantes— de los años en los que manteníamos nuestra amistad en la distancia. En las siguientes líneas trataré de dar cuenta de esta diferencia; de recordar al doctor Albarracín, uno de mis maestros, en esa perspectiva que se me presenta espontáneamente y en primer lugar, la de la diferencia entre un estilo de vida —y de vida profesional— que fue y el que ahora impera. Para ello no se me ocurre nada mejor que comenzar recordando mi encuentro con él; un encuentro que fue decisivo para mi futuro, es decir, también para el presente desde el que escribo estas páginas.

Estudí la asignatura «Historia de la medicina» en el curso académico 1975-1976. Epoca de cambio para nuestro país, iba a serlo también, sin que yo aún lo

supiera, para mí, que amaba la medicina práctica y aspiraba a ser médico al modo usual, si así puede decirse. Las clases tenían lugar en horario de tarde, lo que constituía una excepción. Esto, así como la singularidad de la materia, hacía que la asistencia fuera deprimentemente exigua. Aunque hay que reconocer que ninguno de los dos profesores que la impartían en el Hospital Clínico de san Carlos, Agustín Albarracín y Pedro Laín, parecían en modo alguno deprimidos por este hecho. Muy al contrario, transmitían con apasionamiento lo que, a todas luces, era para ellos parte esencial de sus vidas.

Yo era uno de los pocos testigos, creo poder decir sin presunción que el más sensible, de este admirable ejercicio de profesionalidad, de voluntad, de convicción. Aquellas dos horas eran para mí las mejores de la semana, excepción hecha de las numerosas que pasaba en las salas de enfermos —pues debo reconocer paladinamente que acudía lo menos posible al resto de las clases, salvo en los contados casos de profesores que me transmitían una sensación comparable a la que me suscitaban aquellos dos maestros—, aunque, de momento, no se me ocurría pensar en la Historia de la medicina como una forma particular, y particularmente valiosa, de ser médico.

Aquí es donde entra en escena, en mi escena, Agustín Albarracín. Aproximadamente por las mismas fechas en que moría Francisco Franco y tantas cosas empezaban a cambiar comenzaba a fraguarse un cambio también en mi vida. El doctor Albarracín, el profesor que explicaba la historia de la patología de cuatro a cinco de la tarde, lanzaba un día, supongo que más por sentido de la responsabilidad que por convicción en la eficacia de su acción, la propuesta de realizar un trabajo para un concurso promocionado por esa institución tan cordialmente vinculada a la investigación historicomédica en España: el laboratorio Uriach. Me dejé tentar, y pasé de oyente mudo a tímido interlocutor de mi profesor.

Encontré a Albarracín en el despacho que entonces ocupaba en el pabellón V de la Facultad de Medicina. Aprovecho para levantar acta de otro encuentro y para dar el correspondiente testimonio de afecto y de gratitud: me recibieron y dirigieron hacia él, no recuerdo por qué orden, María del Carmen Chanes y Pilar García Santamaría, capaces de dar, como ahora se dice, «rostro humano» —y más que humano: cordial— desde los primeros compases a una cátedra universitaria de las de «aquellos tiempos». Pronto supe que no eran ellas las únicas que hacían de aquel pequeño reducto algo que se parecía muy poco a los santuarios o fortalezas de otros profesores. Albarracín me atendió con una delicadeza exquisita que conocen todos cuantos le han tratado alguna vez. Más tarde supe que tenía exactamente la misma edad de mi padre, y sólo mucho más tarde pude evaluar que en su relación conmigo tuvo, en ocasio-

nes, que adaptarse a ingenuidades —pretender que leyera cien páginas manuscritas; dicho sea en mi descargo que en 1976 yo no disponía de máquina de escribir—, o a desencuentros de corte adolescente, desde una lúcida conciencia de tal diferencia de edad y de experiencia.

El hecho es que, como gustaba decir, en privado o ante terceros, en jerga deportiva, «él fue quien me fichó». Lo cual, por otra parte, en el contexto en que se producía tal manifestación, debía entenderse como un juicio favorable que nunca dejé —ni ahora dejo— de agradecerle.

Hasta tal punto le soy deudor en lo profesional, lo que, en este caso más que en muchos, y en un sentido más profundo, equivale a decir en lo personal. Pero, además, tengo otra deuda con él que me place reconocer: un estilo de vida y de trabajo que ha guardado no poco de «otros tiempos»; que, en más de un sentido, es intempestivo.

En primer lugar, fruto de aquel encuentro fue y sigue siendo mi dedicación al estudio de textos literarios; algo que él mismo había hecho aunque no con igual dedicación y no siempre con similar enfoque. Para explicarlo rápidamente recordaré al lector que el estudio de la medicina en el *epos* homérico o en el teatro de Lope de Vega no apunta al mismo objetivo que el que dedicó al sufrimiento humano en *El pabellón del cáncer* de A. Solzhenitsin. Interés, simpatía y respeto generoso por lo que podía hacer marcaron la actitud de mi profesor y maestro en aquellos tiempos de balbuceos. Si esto es, como pienso, lo que él sentía, a cambio experimentaba yo una excitante sensación de libertad, así como de la correspondiente responsabilidad: tendrás —pensaba— que justificar esta confianza. Y esa experiencia ha sido decisiva; a partir de tales inicios sólo muy pocas veces, y sólo a contrapelo, me he resignado a trabajar sobre algo que, juzgado importante por otros, no me importara a mí mismo. Excluyo de la declaración anterior la colaboración en empresas de compañeros queridos y respetados, pues en tal caso siempre existía un motivo para el interés: la amistad, el afecto, la voluntad de compartir sus gustos, sus propios intereses (cosa que también aprecié a menudo en mi perdido amigo). No sé si ese rasgo de mi personalidad es una virtud o un signo de mala crianza. En caso de que se piense esto último, no se eche sobre el doctor Albarracín responsabilidad alguna, pues ya tenía yo edad para malcriarme solo y para hacer malo lo que en su ánimo era bueno y generoso.

Pero también aprendí de él ... ¿cómo decirlo? De las múltiples fórmulas empleadas —el rigor metodológico; la disciplina en el trabajo; la precisión, etc. etc....— ninguna me parece aplicable a mi imagen del doctor Albarracín, sin que pueda decirse que algo de esto le faltaba. A falta de algo mejor me quedará con la noción que mejor cuadra a mi recuerdo de Agustín Albarracín en esta

importante parcela de su vida: la artesanía. Su relación con la obra —con su obra— era en todos los casos amorosa. Tanto si confeccionaba una ficha a mano —sobre todo al comienzo de nuestra relación— como si escribía un texto al ordenador, sus gestos tenían el mimo y la elegancia de los viejos artesanos que se relacionaban con la obra de sus manos «descosificándola», si se me permite el uso de este neologismo, pedestre pero explícito. Si Albarracín hubiera sido carpintero habría puesto en el mundo más de un Pinocho.

También en esto los tiempos de Albarracín, los tiempos que compartí con él, eran otros tiempos; pero, con razón o sin ella, no me resigno a darlos por idos para siempre. Sólo él, el hombre, el maestro, el amigo, se ha ido para siempre, y no caeré en el tópico de atribuirle una supervivencia idealizada en las vidas de sus discípulos. Lo hemos perdido, y no hay modo de hacer más llevadera esa pérdida. Hay lugar, empero, para la fidelidad a lo que de él aprendimos; en mi caso, a esto que de él aprendí. Hay lugar para esta ceremonia tan necesaria, para este proceso tan imprescindible de asimilación de la pérdida. Para algo que, en el fondo, no se puede explicar, pues lo radicalmente humano se esconde de los conceptos, pero que se siente; y este sentimiento es compartido, como manifiestan a veces los gestos, los silencios, las iniciativas siempre torpes e insuficientes, pero bienintencionadas, cálidamente humanas, como ésta de la que formo parte... ¿Qué decir? Eran otros tiempos, que también caben en éste.

Luis MONTIEL